

INGRATITUD

MARCHABA un pobre aldeano por una carretera un día de intensísimo frío y a un lado de la misma encontró una serpiente que no pudiendo soportar tal temperatura estaba a punto de morir. Compadecido nuestro hombre del animal la recogió y con el garrote que llevaba en la mano la levantó y la puso en la parte de atrás de las alforjas y echándose al hombro continuó su camino.

Con el calor que le proporcionaba la tela de las alforjas y el cuerpo del hombre, la serpiente fué reanimándose volviendo poco a poco a su estado normal. Como además tenía un hambre horrible se deslizó de las alforjas y poniéndose en el hombro del viajero, que al darse cuenta de lo que pasaba sintió un miedo horroroso, le dijo así:

—Mira hombre, se lo que has hecho por mí y te lo agradezco mucho en otras circunstancias nada te haría, pero tengo un hambre que desfallezco y el hambre es mala y como no encuentro otra clase de comida, sintiéndolo mucho he de devorarte.

—¿Pero serás tan ingrata que después de haberte librado de la muerte trates de matarme? ¿Que será de mis hijitos, de mi pobre mujer? sollozaba el pobre viajero. Dame por lo menos una oportunidad de demostrarme que no eres tan ingrata como para matar al que te devolvió la vida.

Accedo a tu petición en gracia a tu buena acción para conmigo, pues de lo contrario ahora mismo te mataría.

—Entonces dijo el hombre, preguntaremos a tres jueces si debes o no matarme y al que tenga mayoría favorable ganará, es decir, si la mayoría opina que debes matarme lo haces, pero si opina que por el favor recibido debes perdonarme me dejarás con vida. Conforme dijo el reptil.

Reanudaron la marcha y se presentó el primer juez, un perro viejo y de colmillo retorcido que venía huyendo de su amo porque le trataba a puntapiés porque no servía para nada.

Le exponen el caso y el perro que renegaba de los hombres por el trato que recibía de su amo pronunció lo que sigue:

—Que mate al hombre cuanto antes mejor, todos son iguales, cuando les sirves bien aun te tratan con desden y cuando ya eres viejo solo recibes de ellos puntapiés y pedradas, mátele, mátele.

Siguieron carretera adelante y al poco tiempo encontraron al segundo juez, que esta vez se trataba de un pollino que igual que el perro huía de su amo porque constantemente le calentaba las costillas a fuerza de palos. Enterado del caso de que se trataba dijo: Nada de consideraciones con los hombres, má-

tele enseguida que todos son brutales, egoístas y déspotas, no tengas piedad de él.

—Bueno, como ves, dijo la serpiente, ya tengo mayoría de votos, pues dos han pronunciado en mi favor y aunque el tercero sentenciara en contra de nada te serviría. El pobre viajero ya no tenía escape alguno y se encomendaba a Dios con todo fervor. ¡Cuanto daría yo, decía, por verme libre de este trance!

Como la esperanza es la última que se pierde, quiso apurar el máximo el tiempo que le quedaba de vida y dijo a la serpiente.

—Concedeme al menos saber lo que opina el tercer juez, aunque después me mates, quiero saber, hasta que punto soy desgraciado.

—Como último favor te concedo lo que me pides, pero ten en cuenta que en el mismo instante que se pas la opinión del tercer juez te mataré.

Y llegó el tercer juez, pero esta vez fué un zorro, pero un zorro viejo, que como el diablo, sabía más por viejo que por zorro y al exponerle el caso contestó.

—Vamos por partes, despacito, y apoyándose en una parte de la carretera se irguió sobre sus patas traseras y sacando unas gafas verdes se las encajó en la nariz y dijo: Yo no quiero sentenciar sin poner bien antes el caso para no exponerme a ser injusto condenando a un inocente o absolver a un delincuente, por lo tanto vamos a reproducir el hecho. Tú serpiente ponte en la carretera tal como estabas cuando este hombre te recogió. La serpiente se enruscó y quedó inmóvil en el suelo. Muy bien, ahora tu hombre, cogela y ponla en las alforjas lo mismo que lo hiciste antes. Perfectamente, ahora ata las alforjas fuertemente. ¿Ya están? y ¿porqué no la mataste en aquella ocasión y te verías libre del peligro que te amenaza?

—Porque no pensé las consecuencias que pudiera tener al haberla recogido.

—Si entonces no la mataste, ¿porqué no la matas ahora? el hombre dando un grito de alegría, cogió una piedra y machacó a la serpiente dentro de la alforja y viéndose libre suspiró profundamente, dando gracias a Dios por haberle librado de una muerte cierta.

—Creo dijo entonces el zorro, que me he ganado un par de gallinas de las que tienes en el corral.

Pero como ya el peligro había pasado para el hombre no se acordó de lo que minutos antes hubiera dado por salir del trance y dijo al zorro.

—Conque un par de gallinas ¡eh! Espera un poco y blandiendo el garrote que llevaba le decía Espera, espera que te voy a dar las dos gallinas y si el zorro no anda listo y sale por pies le hubiera curtido la piel a fuerza de estacazos.